

Modernidad, política e ibericidad en las relaciones literarias intrapeninsulares

Víctor MARTÍNEZ-GIL

Universitat Autònoma de Barcelona
victor.martinez@uab.cat

RESUMEN¹

El artículo propone la vigencia del estudio de las relaciones literarias como campo de la literatura comparada y aplica el concepto a las literaturas de la Península Ibérica a partir de tres grandes campos: la creación de instituciones, las relaciones de contacto y la presencia literaria de temas ibéricos. Se concluye que estas relaciones dibujan un marco de conflictos y de encuentros a partir de los deseos de modernización y de la necesidad de dar respuesta a los diferentes debates políticos.

Palabras clave: Comparatismo ibérico, literatura comparada, relaciones literarias.

Modernity, Politics and Ibericism in the Peninsular Literary Relationships

ABSTRACT

This article states the validity of the study of literary relations as a field in comparative literature and applies the concept to the literatures of the Iberian Peninsula focusing on three major areas: the creation of institutions, contact relationships and the existence of Iberian-themed literary works. We conclude that these relationships delineate a framework of conflicts and complicities springing from a yearning for modernization and the need to respond to the different political debates.

Keywords: Iberian comparative studies, comparative literature, literary relations.

1. Introducción

El establecimiento de relaciones literarias se encuentra estrechamente relacionado con las características del mercado literario. Mientras la base de la creación y de

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación FFI2011-25037.

la difusión literaria fueron las cortes, del rey o simplemente nobiliarias, el escritor se relacionaba, en amistad o en competición (o en amistad y competición), con otros escritores de la misma corte. En estos casos, el uso de diferentes lenguas estaba condicionado por la lengua mayoritaria que allí se utilizaba, es decir, la del señor, pero también por las diferentes tradiciones que al tal señor le interesase mantener. Es, por ejemplo, el caso de la corte de Alfonso el Magnánimo (1396-1458), rey de Aragón, en la que conviven poetas en diferentes lenguas. Esta mezcla de tradiciones dio resultados notables, como el *Proemio e carta* (1448-1449) a Pedro de Portugal por parte del Marqués de Santillana, en la que encontramos reseñas y comentarios sobre la tradición literaria propia de Cataluña y de la Corona de Aragón, desde Guillem de Berguedà (1138-1196) hasta Ausiàs March (c. 1400-1459). Existen otras cortes a lo largo del tiempo que funcionan como centros neurálgicos de relaciones literarias. Se podría citar, ya en el siglo XVI, la corte virreinal valenciana de Germana de Foix (1488-1538). El poeta Joan Ferrandis d'Herèdia (1480-1549) nos dejó un retrato de ese mundo en su obra *La vesita* (1525), escrita en tres lenguas: castellano, catalán y portugués. La confluencia de las diferentes culturas peninsulares dará otros frutos en esas zonas de intersección: en 1560, por ejemplo, se publican en Valencia las obras de Ausiàs March traducidas al castellano por Jorge de Montemayor, o sea, por Jorge de Montemor (c. 1520-c. 1561), el autor portugués que creó la novela pastoril en castellano. ¿Se pueden describir estos hechos como relaciones entre diferentes literaturas? ¿Nos hallamos ante la literatura comparada?

2. Algunas precisiones metodológicas

En contra de lo que a veces se sostiene, la literatura comparada no ha abandonado ideas supuestamente superadas. A partir de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado se produce, como es sabido, la crítica contra la literatura comparada de cuño positivista representada a lo largo de la centuria por P. Van Tieghem, M.-F. Guyard o J. M. Carré, lo que conlleva el llamado *cambio de paradigma*. Sin embargo, aducir que los modelos de, por ejemplo, D. Đurišin o de I. Even-Zohar, «están más próximos a la teoría de la literatura que a la historiografía literaria» (Vega y Carbonell 1998: 76) es fuente de malentendidos. No se debe confundir la teoría con el rechazo de la historiografía, ya que también la historiografía es, en el fondo, una teoría con aplicaciones prácticas. Cuando I. Even-Zohar (1997) definió al «agente de la transferencia» dentro del repertorio cultural de una comunidad, considerándolo como un actor de cambios y de modificación de lo heredado, no hacía sino actualizar la idea de las relaciones y de los contactos del supuestamente viejo paradigma. El estructuralismo y la semiótica ofrecían nuevas maneras de entender los antiguos problemas.

Muchos de los conflictos de la literatura comparada como disciplina provienen de un equívoco: negar el principio de los términos de comparación. Así, C. Guillén la define como «cierta tendencia o rama de la investigación literaria que se ocupa del estudio sistemático de conjuntos supranacionales» (Guillén 1985: 13). Y añade: «digo supranacional, mejor que internacional, para subrayar que el punto de arran-

que no lo constituyen las literaturas nacionales, ni las interrelaciones que hubo entre ellas» (Guillén 1985: 14). Esto supone, de hecho, negar la importancia de las literaturas nacionales. Que se trata de una posición ideológica lo confirma cuando describe la disciplina como un deseo y un sueño: «Deseo, digamos por lo pronto, de superación del nacionalismo cultural [...]. Sueño, desde Goethe, de una “literatura del mundo”» (Guillén 1985: 14). Esto ha llevado a confundir la literatura comparada con la teoría literaria, o a proponerlas lo más juntas posible, como en el manual *Teoría literaria y literatura comparada* (Llovet et alii 2005). En realidad, la literatura comparada tiende a la teoría igual que las otras disciplinas del estudio literario: la historia literaria, la filología o ecdótica y la crítica hermenéutica.

Adoptar un punto de vista situado aparentemente más allá del bien y del mal implica no poder explicar lo que pasa realmente en este mundo. Que las naciones (o los centros de poder político y cultural) no sean eternas, como muchas veces se aduce, no quiere decir que no existan. E ignorarlas lleva, por ejemplo, a interpretar como *supranacional* lo que es, muchas veces, tan solo la imposición de una *nacionalidad* por encima de las otras. La noción de *género literario* puede ser universal (o teórica, o natural, o antropológica), pero la manera como se concreta nace de núcleos particulares y se difunde (adaptada) en otros núcleos particulares. La República de las Letras es, en realidad, una selva en la que vence el más fuerte (Casanova 2001). Diríamos, por lo tanto, que la literatura comparada debe ser también, sin negar otras posibilidades, el estudio de lo internacional, sea desde el punto de vista de la teoría o desde la práctica. Es decir, el estudio «de las relaciones causales entre dos o más literaturas separadas por fronteras lingüísticas» (Cioranescu 2006: 61). Y la práctica concreta de muchos comparatistas así lo demuestra.

Esto nos lleva a uno de los problemas teóricos más importantes de la cuestión: ¿qué es una literatura nacional? De hecho, el mismo C. Guillén (1998: 299-335) se ocupó con agudeza del problema. El carácter histórico de las literaturas nacionales es evidente, como lo es la relación conflictiva que establecen con el entorno, sea este interior (olvido de tradiciones propias no integradas) o exterior. La lengua parece en un principio determinante, pero hay diferentes literaturas nacionales escritas en una misma lengua (A. Cioranescu rechaza que sean objeto de la literatura comparada) y literaturas nacionales que incluyen diferentes lenguas o dialectos (o sea, lenguas minorizadas). Debemos ser muy cautos en estos aspectos. Para el ámbito que nos ocupa, el de la Península Ibérica, A. J. Saraiva y Ó. Lopes describieron con gran exactitud la situación durante la Edad Media:

Anteriormente a Fernão Lopes, deve falar-se de uma literatura de língua portuguesa (inicialmente galego-portuguesa) dentro do âmbito de uma cultura peninsular. Se há na Idade Média uma literatura ibérica de raiz autónoma em relação à do resto da Península, é a literatura catalã, intimamente ligada (até por afinidade linguística) à cultura occitânica de além-Pirenéus. Esta literatura peninsular em língua portuguesa e galego-portuguesa foi cultivada na corte de Fernando III e sobretudo na de Afonso X, o Sábio, reis de Castela e Leão, e seus sucessores. (Saraiva y Lopes 1985: 40)

Esta literatura portuguesa, «em certa medida regional» (Saraiva y Lopes 1985: 41), se emancipará con la dinastía de Avis, pero hasta el siglo XVII las relaciones

entre la literatura castellana (o española) y la portuguesa presentarán numerosos escritores bilingües (Gil Vicente, Camões, Sá de Miranda, Francisco Manuel de Melo), lo que dificulta estudiarlas como dos literaturas diferentes (aunque se hace). Hay que tener en cuenta, de todas formas, que conceptos como *literatura nacional* resultan anacrónicos si se utilizan para comprender las realidades literarias anteriores al siglo XVIII y que, por lo tanto, en las literaturas portuguesa y española la separación política y territorial después de mediados del siglo XVII coincide con el surgimiento de tales conceptos (Mainer 1994; Cunha 2008). Así, contestando a la pregunta que nos hacíamos al principio, los estudios de literatura comparada solo se podrían ejercer entre literaturas constituidas autónomamente. Este principio, sin embargo, está sujeto a muchas ambigüedades. En realidad, lo que se hace es proyectar hacia el pasado el estatus de literatura nacional, y se puede considerar que uno de los temas de la literatura comparada es, precisamente, este tipo de problemas.

Existe, siempre, un espacio conflictivo en la creación de una literatura nacional. Un mismo fondo lingüístico puede no ser visto como unitario (el gallego y el portugués en la actualidad; o los intentos políticos secesionistas para separar el valenciano del catalán) y puede no ser considerado con suficiente fuerza autónoma (los *dialetti* subordinados al italiano). De las relaciones entre estos sistemas literarios y lingüísticos se debe ocupar la literatura comparada, especialmente de sus relaciones de subordinación y de independencia. Las referencias a los polisistemas de I. Even-Zohar, o a las comunidades interliterarias de D. Đurišin son aquí fundamentales. Sobre todo estas últimas, que se pueden entender en conflicto si los factores de cohesión no son suficientes (Martí Monterde 2004).

3. La paradoja peninsular

Tomemos, por ejemplo, el siglo XIX y la construcción de un espacio literario en torno a la novela realista y naturalista. A. Apolinário Lourenço ya ha demostrado la pertinencia de estudiar conjuntamente la introducción del Naturalismo en la Península Ibérica. Lourenço no plantea un «Naturalismo ibérico», pues «como é amplamente sabido, desde o início do século XVIII que a literatura portuguesa e a literatura espanhola se haviam irremediavelmente separado, abandonando uma longa tradição de complementaridade» (Lourenço 2005b: 643). Sin embargo, existen puntos en común (empezando por la posición periférica de la Península Ibérica) que determinan semejanzas, y existen también contactos más profundos, ya que es «absolutamente indiscutível que Eça de Queirós exerceu uma decisiva e benéfica influência sobre o Naturalismo espanhol» (Lourenço 2005b: 647). Se puede precisar que, de algunos de estos puntos comunes, se aparta la novela catalana, ya que el proceso de industrialización del territorio catalán determina unas actitudes más cercanas, en algunos aspectos, a los novelistas franceses. Como escribió J. Gilabert, la diferencia de la sociedad catalana explica que «la novela de la sociedad capitalista a la moderna, en España sólo la pudiera escribir un catalán y que éste fuera Oller» (Gilabert 1977: 109). Lo que ahora nos interesa, sin embargo, es la relación entre los diferentes escritores peninsulares o, en este caso, entre los escritores catalanes, que están

convencidos de la necesidad de escribir en catalán, y los castellanos. Es evidente la admiración de Narcís Oller (1846-1930), el más importante novelista catalán del momento, por los escritores coetáneos que escriben en castellano. En muchos casos (Pérez Galdós, Pereda, Valera, Pardo Bazán), se puede hablar de auténtica amistad. Una amistad que tiene, a veces, un regusto amargo (para estos temas, *vid.* Sotelo Vázquez 1999). En sus *Memòries literàries*, Narcís Oller reproduce muchas cartas y documentos de sus colegas. En 1886, y a propósito de una polémica sobre la literatura catalana, escribió Benito Pérez Galdós (1843-1920) en *La Prensa* de Buenos Aires:

Oller escribe sus novelas en catalán, privando así a la mayor parte de los españoles del placer de leerlas. El catalán es más difícil de lo que parece a primera vista, seduce poco y no es de esas lenguas que se pegan. Cuando la necesidad nos obliga a leerlo, rara vez permanecen en nuestra memoria sus giros y su vocabulario, y si cuesta algún trabajo aprenderlo, no cuesta ninguno olvidarlo.

Que Oller, uno de los más insignes catalanes y uno de los primeros novelistas españoles, escriba sus admirables obras en catalán, es verdadera desdicha. (Pérez Galdós *apud* Oller 1962: 62)

El catalán se puede utilizar para la poesía, según Benito Pérez Galdós, pero no para la novela moderna, pues «el dialecto carece de recursos para todo lo que es de orden ideológico». Repito que Pérez Galdós era amigo, y admirador, de Oller. En 1887, Juan Valera (1824-1905) dirigía al escritor catalán unas palabras que sonaban de un modo diferente:

Es más: yo creo que a la larga, o tal vez pronto, si siguen Vdes. escribiendo mucho y bien en catalán, se venderán y leerán en catalán, por toda España, sin necesidad de traducciones, como sin duda Vdes. nos leen en Cataluña sin traducirnos, a los autores castellanos y como debemos además leer a los portugueses y ser leídos por los portugueses. Yo me alegro de que haya, no una, sino tres lenguas literarias en la Península; pero creo que un genio o espíritu solo, exclusivo para otra casta y común a las tres familias ibéricas debe ser superior y estrecho lazo de amistad. (Valera *apud* Oller 1962: 42)

Se trata del iberismo cultural, consecuencia, y a la vez sustituto, del iberismo político que había estado a punto de triunfar con la Gloriosa. En realidad, el iberismo y el regionalismo son en España, después de la Restauración borbónica, dos realidades inseparables (Martínez-Gil 2002). E. Mayone Dias y A. Morillo, en su análisis de las opiniones públicas y privadas de Juan Valera, que fue diplomático en Portugal, llegan, sin embargo, a la siguiente conclusión:

Es triste, pero necesario, reconocer que Valera íntimamente subestimaba –casi nos atreveríamos a decir despreciaba– a Portugal y a su cultura, y nunca logró aceptar el justificable deseo portugués de autonomía frente a una España que los veía de una forma hostil. (Dias y Morillo 2005: 247)

Las diferentes opiniones de un autor sobre las otras literaturas peninsulares están sujetas a cambios inducidos por el entorno político inmediato o por las circunstan-

cias personales. Juan Valera, sin ir más lejos y a pesar de sus opiniones privadas sobre Portugal, escribió hacia el fin de su vida, ya ciego, *Morsamor* (1899), una especie de homenaje al mundo ibérico y a la expansión portuguesa. Podríamos buscar otros casos semejantes de esta ambivalencia. Por ejemplo, Marcelino Menéndez Pelayo, discípulo del catalán Manuel Milà i Fontanals y entusiasta de la poesía de Jacint Verdaguer. Las conclusiones a las que llega E. Mayone Dias al estudiar las relaciones de Menéndez Pelayo con la literatura portuguesa son una muestra de la paradoja que intento exponer. Por un lado, la «magnitude e solidez da sua investigação» (Dias 1975: 144). Por el otro, un deseo de subordinación de lo portugués:

A posição de Menéndez Pelayo em relação à literatura portuguesa revela-se portanto algo contraditória. Se por um lado emprega processos escrupulosamente honestos para estudá-la na sua essência, a dialéctica que usa torna-se deficitária ao tentar colocar o problema no plano peninsular. Neste particular, o que na realidade faz através da sua obra é negar a existência de um génio português, independente do «espanhol», e acabar por demonstrá-lo tacitamente. (Dias 1975: 148)

También en relación con la literatura catalana hay ambivalencias en Marcelino Menéndez Pelayo, pero sobre todo en cuanto a la evolución política del catalanismo, no en cuanto a la existencia de una literatura española en catalán (Crespo López 2013).

Existe, por lo tanto, el reconocimiento y a la vez la negación del otro, uno de los grandes temas de la literatura comparada. Este tipo de conflictos fue muy común entre los lusitanistas españoles, o de matriz cultural castellana (por lo menos, en el caso de la relación con Portugal, lo fue hasta la instauración de la democracia en España después de la muerte de Franco). El interés por el otro está, en realidad, producido por el conflicto, por la amenaza que se siente ante una cultura independiente de la propia en un territorio que se considera como propio o casi como propio. En términos imagológicos, la fobia y la filia se alían, quizá superadas por el intento de construir sistemas nuevos (Llovet *et alii* 2005: 388). Otro caso ejemplar de este tipo de comportamiento es Miguel de Unamuno. No hace falta insistir en el interés que Unamuno mostró por el mundo portugués (García Morejón 1971) y en su función como agente de distribución de información entre las diferentes culturas peninsulares, entre las que la catalana posee un papel importante. Sin embargo, las relaciones de Miguel de Unamuno con las otras culturas peninsulares son tan conflictivas como las que hemos visto hasta ahora. Se podría citar aquí la entrevista que le hizo António Ferro (1895-1956) en 1930. Miguel de Unamuno declaraba que fue siempre «contrário à fragmentação da Península» y, cuando António Ferro se ofende por la posible comparación entre los idiomas *regionales* españoles y el portugués, Unamuno espeta: «Camões fez versos em espanhol...» (*apud* García Morejón 1971: 366). En 1906, en pleno Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana, Miguel de Unamuno ya había comparado el vasco (y por extensión el catalán) con una espingarda que nada tenía que hacer frente al máuser del castellano (Manent 1969: 9-19), un ejemplo que repitió a un sorprendido António Ferro. En un artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 16 de diciembre de 1906 escribió: «creo que el catalán irá a fundirse en el castellano como fueron el leonés y el aragonés y

están yendo el gallego y el valenciano» (Unamuno 1906). Y, el 4 de febrero de 1914, en *Mundo Gráfico*:

No oculto que mi deseo —y el deseo lleva aparejada la esperanza— es que llegue un día en que no se hable en la Península española o ibérica —es decir, en España— otra lengua que la española o castellana, con los matices que cada región le dé. Y que a esa lengua española única irían, para enriquecerla y flexibilizarla, elementos íntimos del catalán y del portugués, como en el castellano literario de hoy se han sumado elementos leoneses, aragoneses, andaluces... y se están sumando elementos americanos. (Unamuno 1914)

Está claro, y se podrían aducir más ejemplos, que Miguel de Unamuno, gran amigo de Portugal, admirador de Eugénio de Castro (1869-1944) y de Joan Maragall, al que dedicaba precisamente el último artículo citado, deseaba que la lengua portuguesa y la catalana desapareciesen de la faz de la Península Ibérica. No se trata, aquí, de culpabilizar a nadie, sino de exponer una dinámica cultural que en el fondo afecta al conjunto de las culturas peninsulares: desde Cataluña o desde Portugal también se instrumentalizan las otras culturas, aunque (esto sí se debe reconocer) no en el sentido de desear su desaparición.

Esta es, pues, la paradoja (de hecho, no específica de la Península Ibérica): la instrumentalización del otro, incluso en los casos de hostilidad larvada o declarada, conlleva, aparejados, su estudio y difusión (para el caso de Cataluña-España, *vid.* Sotelo Vázquez 2014). A. Cioranescu (2006: 106) estableció diferentes tipos de relaciones entre literaturas: los contactos (individuales), las interferencias (de literatura a literatura) y la circulación de grandes temas. Se trata de una aproximación formal encaminada sobre todo a fijar el punto de partida del discurso más que a describir el objeto (las interferencias son el estudio de un conjunto de contactos, por ejemplo). Son, sin embargo, distinciones útiles siempre que no se consideren estancas. Así, por ejemplo, el tema de los profesores de idiomas (una de las relaciones de contacto) se puede enfocar, se debe enfocar, también desde las instituciones más o menos oficiales. Y se debe insistir en la carga ideológica que condiciona las distintas acciones.

4. La creación de instituciones intrapeninsulares

En 1907, cuando estaba preparando la participación de artistas portugueses para la V Exposición Internacional de Bellas Artes e Industrias Artísticas de Barcelona, Ignasi Ribera i Rovira (1880-1942), el periodista y abogado que se había convertido desde principios de siglo en el principal puente de contacto entre Cataluña y Portugal, aprovechó para crear un «Comité Catalanófilo» y una cátedra de lengua catalana en el Real Instituto de Lisboa (Valls i Pueyo 2002: 59). Poco antes, en junio de 1906, los Estudis Universitaris Catalans fundaron una cátedra popular de Lengua y Geografía Colonial Portuguesa y, en el mes de julio, una de Literatura e Historia Portuguesa, ambas bajo la dirección de Ignasi Ribera i Rovira (Valls i Pueyo 2002: 33). La creación de centros de idiomas y de difusión cultural nunca es inocente y

siempre tiene un significado político. El Instituto Cervantes, el Instituto Camões, el Istituto Italiano di Cultura, el Goethe-Institut, el Institut Français, el Etxepare Euskal Institutua, el Institut Ramon Llull o, mediante su actuación, la Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia, son organismos de difusión lingüística y cultural con claros significados geopolíticos. A principios del siglo XX, los catalanistas iberistas se esforzaron, igualmente, en crear organismos luso-catalanes que dieran apoyo a la idea de la hermandad entre dos patrias unidas por el deseo de construir una Iberia plural (una idea que harían suya los *saudosistas* portugueses). Que la primera cátedra fuera de Lengua y Geografía Colonial Portuguesa muestra también hasta qué punto Portugal y el iberismo eran piezas importantes dentro del imperialismo catalán (más ideal que efectivo) del momento (Ucelay-Da Cal 2003: 246-250).

Un suceso interesante nos puede ilustrar sobre las relaciones establecidas entre diferentes autores en torno a organismos oficiales y sobre las diferentes maneras de interpretar un mismo hecho. En el epistolario de Eugénio de Castro con correspondientes españoles, hay una carta de Josep Carner (1884-1970) en la que el catalán se escuda en Miguel de Unamuno, quien «me autoriza para dirigirme a V. invocando su nombre». Josep Carner informa al portugués de la labor del Institut d'Estudis Catalans (f. 1907) y, en concreto, de la del Institut de la Llengua Catalana (primer nombre de la Secció Filològica), y le habla del enfoque iberista de estos trabajos pidiéndole ayuda:

Motivos no sólo prácticos, antes bien –y primordialmente– de idealidad iberista motivan en las ediciones escolares de clásicos griegos y latinos, que la traducción literal interlineal del texto se dé en catalán, castellano y portugués.

Pues bien, como secretario del «Institut de la Llengua Catalana», me atrevo a dirigirme a V., rogándole que se sirva indicarme el nombre de algún o algunos humanistas portugueses que consintiesen en asociarse a nuestro trabajo. Las ediciones que ahora se preparan son las de los tres primeros libros de Eutropio, Evangelio de S. Lucas, y Fábulas de Fedro. El trabajo es, naturalmente, retribuido. (Carner *apud* Álvarez y Sáez Delgado 2007: 462)

En efecto, el Institut de la Llengua Catalana comenzó a editar una «Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum cum Ibericis Versionibus», de la que solo apareció un volumen de Cornelio Nepote, posiblemente en 1910, *Praefatio et Miltiadis Themistoclisque Vitae* (con diferentes traductores: Manuel de Montoliu y Carles Riba para el catalán, Ferran Crusat para el castellano y Francisco de Mello y Antonio M. Alves para el portugués). J. Cerdà Subirachs (2010: 11) ha considerado la aparición de este único volumen, y por lo tanto la inutilidad de la ayuda pedida a Eugénio de Castro, como una muestra del fiasco de este iberismo institucional, aunque no ha dejado de indicar el significado del intento. Y, en efecto, es sin duda importante no olvidar que la constitución de una academia de la lengua catalana se realizó en un marco legitimador de intenciones iberistas. Y aquí resulta ciertamente sorprendente (hasta cierto punto, claro, vistas sus opiniones) la reacción de Miguel de Unamuno, intermediario entre Josep Carner y Eugénio de Castro, en un escrito de 1916:

Hay una edición de las *Vidas* de Cornelio Nepote, con tres traducciones: en catalán, en portugués y en castellano, y esto sí que es colmo de la pedantería, y de una pedan-

tería ridículamente infantil. ¿A qué conduce poner una traducción portuguesa junto a una castellana y ésta junto a una catalana? Como no sea a querer mostrar que se pone al catalán al igual de las dos lenguas oficiales de la Península, no veo bien a qué más. (Unamuno 1988: 180)

Uno de los aspectos institucionales de las relaciones intrapeninsulares es, junto a tertulias y asociaciones, el de la creación de publicaciones periódicas de ámbito ibérico, desde las lisboetas *Restauración del Mediodía*, *A Ibéria* (aparecidas en 1850 y 1852, respectivamente) o la *Revista Peninsular* (1855-1856) hasta las barcelonesas *La Ilustración Ibérica* (1883-1898) e *Iberia* (1915-1918) o la reciente *Suroeste*, publicada a partir de 2011 en Badajoz. En cada caso, y hay muchos más que no he citado, se debería establecer la relación entre política y cultura que propone la revista, su verdadero alcance peninsular, los usos de los diferentes idiomas y comparaciones con otras revistas (por no hablar de diarios) que han acogido también relaciones literarias intrapeninsulares como las catalanas *Estvdio* (1913-1920) o *Messidor* (1918-1931), algunas ya estudiadas (Navas Sánchez-Élez 2010).

5. El ejemplo del otro: modernidad y política

A nivel ideológico, hay dos grandes motores que sustentan las relaciones entre las literaturas peninsulares: el interés político y el interés que podríamos llamar estético o de modernidad, aunque la modernidad también esté presente en el primero. Partiremos de esta hipótesis para luego intentar hacer algunas consideraciones sobre la *ibericidad*.

El eje de la modernidad se desplazó fuera de la Península Ibérica a partir del siglo XVIII. Durante los siglos XVI y XVII, una vez asimilado el Renacimiento italiano, la literatura española había funcionado como elemento catalizador y modernizador. A partir de entonces, la modernidad se tuvo que buscar en Francia, o en Inglaterra, o en Alemania. En su proceso de recuperación de la modernidad a lo largo y sobre todo a finales del siglo XIX, las literaturas peninsulares establecen, sin duda, relaciones entre ellas, pero: ¿funcionan las unas como referencias de las otras? Si un mismo destino geográfico e histórico, como las guerras napoleónicas, puede ayudar a establecer lazos y relaciones, se ha postulado que vale la pena observar en conjunto el romanticismo peninsular a partir del estudio de la obra de Almeida Garrett (1799-1854) y del Duque de Rivas (1791-1885) (Magalhães 2009), y ya vimos que se podían establecer lazos entre el naturalismo portugués y los naturalismos españoles. En este tipo de relaciones existen diferentes niveles: la conciencia efectiva de ibericidad que busca en el otro ejemplos a seguir frente a la situación del momento; la admiración por el resultado artístico de determinados autores (José Eça de Queirós que influye en Leopoldo Alas Clarín); y los paralelismos históricos –por ejemplo, y para situarnos después de las guerras napoleónicas: a finales del siglo XIX, la decadencia de las naciones peninsulares; en el siglo XX, las dictaduras fascistas de Salazar y Franco y la entrada conjunta en la Unión Europea; se trata de «una única columna vertebral histórica» (Magalhães 2007: 51).

Una de las figuras más importantes en estas relaciones será Eugénio de Castro: «La influencia de Castro en el desarrollo del Modernismo español e hispanoamericano es un hecho incuestionable y la admiración sin trabas que provocó queda bien patente en el entusiasmo con que saludan su obra tantos autores en sus cartas, reflejando una difusión que no tiene parangón con ningún otro escritor portugués» (Álvarez y Sáez Delgado 2007: 15-16). Su influencia en autores como Rubén Darío (1867-1916) nos situaría no en el ámbito ibérico, sino iberoamericano, para el cual, no obstante, se podrían reproducir muchas de las consideraciones hechas hasta ahora. Este camino común hacia la modernidad ha sido estudiado por A. Sáez Delgado, ya que se puede «iluminar la posibilidad de entender el tiempo que atraviesa el Modernismo y la Vanguardia como un *continuum*, sin rupturas radicales, que conforma un mosaico heterogéneo y múltiple, cuya visión completa se obtiene al ampliar nuestro foco de atención a una perspectiva ibérica» (Sáez Delgado 2012: 7-8). Eugénio de Castro, Teixeira de Pascoaes, Andrés González-Blanco, Ramón Gómez de la Serna, António Ferro, Fernando Maristany, Fernando Pessoa, Enrique Díez-Canedo, Fernando Villaespesa, Ignasi Ribera i Rovira, Joan Maragall, Miguel de Unamuno son solo algunos de los nombres que se pueden aducir en este camino hacia la modernidad, que incluirá el surrealismo (Cuadrado 2007) y otras vanguardias, y que se realiza teniendo en cuenta los logros de las diferentes literaturas y culturas ibéricas (Sáez Delgado y Gaspar 2010). También se puede citar el caso de Salvador Espriu, admirador de Miguel de Unamuno, que moderniza la literatura catalana y la pone en contacto con el expresionismo a través de la influencia de Ramón M. del Valle-Inclán (1866-1936). Y se podría seguir más allá, hasta el neorrealismo portugués y sus contactos con la literatura catalana durante los años sesenta (Simbor 2005: 69). Naturalmente, aquí y en otros casos, muchas veces es mayor la influencia de las literaturas extraibéricas a la hora de proporcionar modelos, pero se trata de no olvidar, para estudiar correctamente lo que pasó, las confluencias y los contactos intraibéricos en este camino de modernización. Dentro de España, la resistencia al franquismo y el paralelismo en las situaciones facilitará la creación de una literatura en la que figuras como Salvador Espriu, Celso Emilio Ferreiro o Gabriel Aresti serán consideradas nacionales. Entre los dos Estados, a partir de un momento determinado, las relaciones aparecerán ya en un marco nuevo, el de la globalización literaria: Fernando Pessoa (1888-1935), José Saramago (1922-2010) o António Lobo Antunes (n. 1942) influyen en España no tanto por ser portugueses (aunque eso no deja de tener importancia), sino porque se han tornado universales.

Estas relaciones de contacto que tienen por base la modernización se pueden englobar en lo que A. Cioranescu llamó *relaciones de interferencia*. Precizando en lo que antes he dicho, estas relaciones se podrían considerar tales cuando se establecen suficientes contactos individuales que parten de una mirada conjunta sobre las otras literaturas –*vid.* como ejemplo a propósito de Caterina Albert i Paradis, *Víctor Català* (1869-1966) y el ámbito hispano, Ribera Llopis (2007)–. Ahora bien: este camino de modernización aparece, sin lugar a dudas, irremediabilmente entrelazado con el nacionalismo, que debe ser entendido como un factor más del proceso. No son pocos los estudios que han relacionado el nacionalismo con la modernización, con la manera moderna (liberalismo, industrialismo, alfabetización) de vivir en

colectividad (Hobsbawm 1991; Llobera 1994; Smith 2000, por ejemplo). Los movimientos regionalistas en España aspiraron a convertirse en movimientos nacionales y a convertir a tal categoría a sus literaturas (Enguita y Mainer 1994: 10), siendo este proceso inseparable de la idea de modernización, como explicó V. Cacho Viu (1998) en relación con el catalanismo. Es decir que, en España, la modernización, en los siglos XIX y XX, va inseparablemente unida, por lo menos en una parte importante del pensamiento político, a la reivindicación de la pluralidad nacional. Las relaciones de este proceso con el iberismo son, naturalmente, complejas, ya que el iberismo puede esconder un deseo de imposición del espacio cultural central o puede ser una propuesta de identificar con la misma dignidad nacional las diferentes culturas peninsulares (Rocamora 1994).

Desde este punto de vista, las literaturas peninsulares se mirarán las unas a las otras. Así, la literatura catalana se identifica con la gallega gracias a Rosalía de Castro (Hermida Gulías 1993), la gallega se refleja en la catalana como ejemplo de modernización nacional literaria (Ribera Llopis y Rodríguez González 2000) y mantiene una mirada lusitana (Santos Araújo 2004, como ejemplo de una bibliografía hoy en día abundante), la literatura asturiana ve en las otras literaturas del Estado un ejemplo—X. Bello (1998: 43) cita a Gabriel Aresti, Salvador Espriu, Rosalía de Castro y Celso Emilio Ferreiro como los ejemplos a partir de los que empezó a escribir poesía— y lo mismo sucede con la aragonesa en relación con Espriu (Quintana i Font 2005), la literatura catalana ve en la literatura española de la Segunda República un ejemplo a seguir de modernización literaria porque considera que lo es también de respeto a las otras literaturas españolas, etc. Una mirada a las antologías, al lado del resto de traducciones, que se hacen sobre las otras literaturas ilustra sobre esas relaciones entre modernidad y política, especialmente en figuras relevantes como Ignasi Ribera i Rovira, Enrique Díez-Canedo (1879-1944) (Jiménez León 2011) o Fernando Maristany (1883-1924) (*vid.*, entre otros, Sáez Delgado 2008: 51-76).

6. La literatura de tema ibérico

Los libros de viajes son, junto a las lecturas y el estudio de lenguas y los intermediarios (los profesores de idiomas), las tres instancias de las relaciones de contacto que incluyen obras no literarias según A. Cioranescu (2006: 109). Su distinción entre intercambios literarios y no literarios en el caso de los libros, sin embargo, no me parece especialmente afortunada. Ya se sabe que determinar el valor literario de una obra no siempre es fácil más allá de un consenso crítico sometido a revisión constante, por lo que no resulta simple, y no sé hasta qué punto necesario, distinguir entre viajeros literatos y viajeros no literatos. En cualquier caso, los libros de viajes forman siempre parte de los textos culturales y deben ser leídos «en su más compleja función ideológica» (Nucera 2002: 245).

En el caso peninsular, existen los viajes, por así decir, internos, es decir, de autores que viajan por su propio país. Por ejemplo, los *Viagens à Minha Terra* (1846) de Almeida Garrett, el *Viaje en autobús* (1942) de Josep Pla (1897-1981), el *Viaje a la Alcarria* (1948) de Camilo J. Cela (1916-2002), el *Portugal* (1950) de Miguel Torga

(1907-1995), el *Viaje a las Castillas* (1957) de Gaspar Gómez de la Serna (1918-1974) o el *Viagem a Portugal* (1981) de José Saramago (1922-2010). Estos viajes incluyen muchas posibilidades de observación, entre las que no son las menores las reflexiones sobre el ser y la esencia nacional (Champeau 2004). Claro que, aquí, hay siempre muchas ambigüedades: Camilo J. Cela es un gallego que se pasea por Castilla y que hará un *Viaje por el Pirineo de Lérida* (1964), o Josep M. Espinàs (n. 1927), en sus viajes *a peu*, ha ido a Galicia, Murcia, Extremadura, el País Vasco, Castilla o Aragón. Digamos, por lo tanto, que existe también un viaje interno de España que se convierte en un viaje comparatístico siempre que el viajero considere, y es una condición necesaria, que está visitando tierras de otra nacionalidad dentro del Estado. Vayamos, sin embargo, un poco más allá, a los viajes entre los dos Estados peninsulares (dejemos de lado Andorra y Gibraltar). En 1920, Rogelio Buendía (1891-1969) publicó *Lusitania. Viaje por un país romántico (1918)*. ¿Viaja Rogelio Buendía a otro país? Sin duda, pero viaja también a un país que forma de alguna manera parte del suyo, como indica la dedicatoria: «A los buenos patriotas que en Portugal y en España sienten el hermoso ideal del iberismo» (Buendía 2003: 5). Por eso, Andalucía es «hermana mayor del Algarve» (2003: 27) o leemos: «¡Que gran nación seríamos si pudiésemos unirnos los lusitanos y los españoles en una Iberia magnífica, dueña del Atlántico y del Mediterráneo!» (2003: 50). Y no olvidemos el título, nada iberista pero sí capaz de hermanar, de *Por tierras de Portugal y de España* (1911) de Miguel de Unamuno. Ni los tres libros de viajes de Agustí Calvet, *Gaziel* (1887-1964), *Castella endins* (1959), *Portugal enfora* (1960) y *La península inacabada* (1961), que se reúnen bajo el título de *Trilogia ibèrica* (Llanas 2002; Revelles Esquirol 2010; Ribera Llopis 2012). El viaje «intramuros» excluye el exotismo y supone «otro tipo de descubrimiento» (Champeau 2004: 335) que incluye las diferentes partes de España, pero también de la Península Ibérica. Julio Llamazares (n. 1955), en *Trás-os-Montes* (1988), quiere «escribir sobre Portugal, y, más concretamente, sobre lo que él llama *el corazón* del país, el Portugal profundo, el sitio más remoto y distanciado de Lisboa» (Andres-Suárez 1998: 152). Rinde homenaje a Miguel Torga —el autor que a su vez adoptó el nombre de Miguel en homenaje a Cervantes y a Unamuno y en cuyos diarios encontramos también fragmentos de viajes intrapeninsulares— y a un país al que España habría dado la espalda, además de verse impulsado por la curiosidad de visitar «la región de donde provenían los primeros portugueses que conoció siendo niño, cuando vivía en el pueblo minero de León en el que su padre ejercía de maestro» (Andres-Suárez 1998: 152-153). Es el «otro tipo de descubrimiento» que, en el caso de regiones fronterizas o cercanas entre los dos países, se transforma en indagación personal, más allá de la política, aunque sin olvidarla.

Estas relaciones entre las culturas peninsulares se establecen también en obras de ficción. Ya he citado *Morsamor* de Juan Valera, pero son muchas más las que se pueden aducir. La literatura de tema ibérico comprendería desde poesía —*L'Atlàntida* (1877) de Jacint Verdaguer en el siglo XIX o los *Poemas Ibéricos* de Miguel Torga en el siglo XX— hasta obras de teatro, muchas de ellas antiiberistas en el Portugal del siglo XIX (Pereira 2004), pero no por ello menos deudoras de un marco de conflicto y relación, y otras más recientes, como *L'assassinat del doctor Moraleda*,

escrita entre 1977 y 1978, del dramaturgo valenciano Rodolf Sirera (n. 1948), quien toma el marco histórico del Ultimátum británico a Portugal de 1890 para escribir una obra de aventuras y de misterio. Y, naturalmente, muchas novelas. Desde las que escriben autores portugueses sobre la Guerra Civil española hasta las que relatan otros episodios de relaciones históricas como *Santa Liberdade* (1999) del escritor madrileño Miguel Bayón (n. 1947), novela en la que se narra el secuestro político de un transatlántico por exiliados portugueses y españoles en 1961, o las obras de ambientación portuguesa escritas por españoles como *El invierno en Lisboa* (1987) de Antonio Muñoz Molina (n. 1956) y obras explícitamente iberistas como *A Jangada de Pedra* (1986) de José Saramago. Entre estos autores de ámbito ibérico, ya con varios estudios que explicitan su aportación a la visión cultural peninsular, destaca el portugués Manuel de Seabra (n. 1932), que escribe, además, en catalán y en esperanto (Sala-Sanahuja 2010).

Ya se ve que en las listas enunciadas se mezclan niveles distintos. Una cosa son las obras en las que se trata el iberismo, entendiendo por tal no tan solo la unión de España y Portugal, sino también la creencia de que existe un fondo cultural e histórico común que no necesariamente tiene que traducirse en una relación política, y otra cosa son las obras en las que, desde una literatura peninsular, se trata sobre otro país u otra literatura peninsular. Por ejemplo, se ha desarrollado en los últimos tiempos en catalán una compleja literatura de tema portugués. Muchas novelas catalanas más o menos recientes –o libros de poemas, como *Lívda Lisboa* de Josep Maria Puigoriol (n. 1969), publicado en 2004– se han ambientado en Portugal: *Noms a la sorra* (1995) de Lluís-Anton Baulenas (n. 1958), *Fado* (1998) del escritor de origen gallego Xulio Ricardo Trigo (n. 1959), *El cel de Lisboa* (2001) de Marina Rubio i Martori (n. 1979), *Els blaus de l'horitzó* (2006) y *Connie Island* (2007) de Sebastià Bennasar (n. 1976), *L'impostor accidental* (2007) de Salvador Casas (n. 1953), *Una paraula de més* (2011) de Eloi Vila (n. 1972), *Nit endins* (2011) de Vidal Vidal (n. 1958), *Albada a Lisboa* (2011) de Lluís Busquets i Grabulosa (n. 1947), *El talent* (2012) de Jordi Nopca (n. 1983) o *El professor de Coímbra* (2014) de Francesc Planas (n. 1946). Algunos autores, como Jaume Benavente (n. 1958), que vivió por circunstancias familiares en tierras lusófonas (Bennassar 2012; Muñoz Carrobles 2012, artículo dedicado también a la novela de Salvador Casas), o como el poeta menorquín Ponç Pons (n. 1956), merecen un estudio aparte por su importancia en este campo. En estas obras –y se podrían citar también libros de viajes como *Viatge a l'Alentejo* (2002) de Rafael Vallbona (n. 1960) entre otros–, se encuentran múltiples imágenes de Portugal, desde las más políticas (en relación con el nacionalismo catalán, o con la Revolución de los Claveles, tema también tratado con anterioridad en catalán) hasta las puras ambientaciones para novelas de misterio y de aventuras o la búsqueda de una verdad íntima en contacto con *el otro*. También se deben considerar las referencias constantes a Portugal, especialmente en la novela *El viaje vertical* (1999), en la que el tema se entrelaza con el del nacionalismo catalán, de Enrique Vila-Matas (n. 1948) (Masoliver Ródenas 2002: 123-125). Este autor barcelonés nos sitúa, además, en otro orden de problemas teóricos, es decir, hasta qué punto la constitución de una literatura nacional, en este caso la catalana, explica obras en otras lenguas y si puede o no incorporarlas como propias. La traducción al catalán

de estas obras escritas en castellano (*El viatge vertical* se tradujo en 2009) abona este posible principio. El debate se podría reproducir también, naturalmente, para el conjunto de las obras literarias escritas en España y la consideración o no de *nacional* para todas las lenguas del Estado. Diferente es el caso de los autores bilingües, que en muchas ocasiones se autotraducen a otras lenguas peninsulares: aquí sería más acertado hablar de zonas de intersección entre las diferentes literaturas nacionales o determinadas por una lengua, unas zonas de intersección que, si son sistémicas o generalizadas, pueden conducir a una literatura al rango de regional.

Se podrían multiplicar los ejemplos de otras interferencias, de otras imágenes en otras literaturas (de Castilla en la literatura catalana, o de España en la portuguesa, por ejemplo), y se podrían citar abundantes estudios que han dado cuenta de ellas, desde una posición más puramente literaria (Álvarez Sellers 1999 o Gallén 2007, entre muchos otros) hasta un punto de vista que incluye los estudios culturales y el nacionalismo (Cabo Aseguinolaza, Abuín González y Domínguez 2010; Resina 2013).

7. Conclusión: literatura e ibericidad

Existe, sin duda, una *cuestión ibérica*, general y literaria. M. F. de Abreu, interpretando trabajos de A. Casas, habla de un «mega-quadro identitário» dentro del cual «se interrelacionam culturalmente um conjunto de identidades, conjunto porque *ibérico*, plural porque cada una apresentará a sua especificidade» (Abreu 2007: 438). Las identidades, sin embargo, son escurridizas y difíciles de fijar. Muchas veces, son simplemente ideas que interpretan continuidades en el espacio y en el tiempo que en realidad no existen o que existen solo en cuanto formuladas. En el caso de la Península Ibérica, quizá sea mejor hablar de un *espacio de relación* determinado por circunstancias culturales e históricas (la geografía parece un puro mito, sobre todo si se observa desde culturas como la catalana o la vasca, crecidas a caballo de los Pirineos), un espacio, con sus encuentros y desencuentros, que no invalida las relaciones de cada cultura con otras culturas no peninsulares. En este espacio, en el que se encuentra el subconjunto español (Llovet *et alii* 2005: 400), se han establecido diferentes modos de contacto individual y colectivo que han buscado en el otro un apoyo para alcanzar la modernidad, con todas las implicaciones políticas del concepto. Desde este punto de vista existe una ibericidad literaria y cultural con: a) instituciones, b) relaciones personales y de grupo y c) temas literarios que se pueden considerar ibéricos a diferentes niveles. La iberística, dentro del marco de la literatura comparada y de los estudios culturales, debe ser la expresión académica de este hecho. En el fondo, lo es ya, y constituye una aproximación que permite resolver algunos problemas de contenido y de desarrollo de las literaturas y las culturas peninsulares. Si es capaz de no convertirse en la defensa de una supuesta identidad opuesta a otras identidades europeas como a veces se sugiere (Abreu 2007: 438), un punto de vista que coartaría la especificidad de cada cultura o espacio político, puede también, desde el respeto que la mirada académica debe imponer, fortalecer lazos de comprensión y de cooperación.